

Epafras

El servicio de la oración (Colosenses 4:12-13)

Charles Henry MACKINTOSH

biblicom.org

Hay una diferencia muy notable entre los anales inspirados del pueblo de Dios y todas las biografías humanas. Se puede muy bien decir de los primeros, que abarcan **muchas cosas en pocas palabras**, mientras que, de un gran número de las segundas, se puede decir, verdaderamente, que utilizan **muchas palabras para poca cosa**. La historia de uno de los santos del Antiguo Testamento –historia que comprende un período de 365 años– se resume en estas dos breves frases: «**Caminó**, pues, **Enoc con Dios**, y desapareció, porque le llevó Dios» (Gén. 5:24). ¡Qué breves y, sin embargo, qué vastas y completas! ¡Cuántos volúmenes habrían llenado los hombres con los detalles de una vida así! Y, sin embargo, ¿qué más habrían podido añadir?

Andar con Dios es una expresión que comprende todo lo que es posible decir de un individuo. Un hombre puede dar la vuelta al mundo, puede predicar el Evangelio en todos los climas, puede sufrir por la causa de Cristo, puede alimentar a los que tienen hambre, vestir a los que están desnudos, visitar a los enfermos; puede leer, escribir, imprimir y publicar libros de edificación; en una palabra, puede hacer todo lo que le sea posible hacer al hombre y, con todo ello, su vida entera podría resumirse con esta corta frase: «caminó con Dios». Y podrá sentirse dichoso si este resumen refleja la verdad, pues uno podría hacer prácticamente todo lo que acabamos de enumerar sin haber caminado ni una sola hora con Dios y ni siquiera haber conocido lo que significa caminar con Dios. Este pensamiento, profundamente serio y práctico, debería conducirnos a cultivar cuidadosamente la vida secreta, apartada de la vista de los demás, sin la cual los servicios más vistosos resultarán solo en una llama fugaz y humo.

Hay algo particularmente conmovedor en la manera en que el nombre de Epafras es presentado por primera vez a nuestra atención en el Nuevo Testamento. Las alusiones a este hermano son de lo más breves, pero, al mismo tiempo, de lo más significativas. Parece haber sido el tipo de una clase de hombres cuya necesidad se hace sentir vivamente en nuestros días. Sus **trabajos** –al menos en cuanto a lo que el inspirado escritor nos ha informado– no parecen haber sido muy llamativos ni atractivos. No eran de una naturaleza que atrajera las miradas o las alabanzas de los hombres, y no por ello dejaban de ser de los más preciosos, de incomparable valor. Eran **trabajos hechos en la intimidad**, después de haber cerrado la puerta tras de sí, trabajos hechos en el santuario, sin los cuales todo lo demás resulta, al final, estéril y sin valor.

Él no nos es presentado por el biógrafo sagrado como un poderoso predicador, como un laborioso escritor, como un intrépido viajero, lo que podría haber sido si el Señor

lo hubiese querido y lo que, en su debido lugar, es verdaderamente útil y precioso. El Espíritu Santo no nos dice que Epafras fuese uno de esos hombres, sino que puso ante nuestras miradas ese carácter particularmente interesante, a fin de conmover hasta las fibras más íntimas de nuestro ser espiritual y moral. Nos lo presenta como un hombre de oración, de oración solícita, ferviente, que combate tenazmente en oración por lograr su objetivo, oración no tanto por sí mismo como por los demás. Escuchemos al respecto el testimonio inspirado: «Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente (griego: agonizomai, esto es, que lucha intensamente) por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis» (Col. 4:12-13).

¡Ese era Epafras! ¡Quisiera Dios que hubiera centenares de cristianos como él en nuestros días! Estamos agradecidos por tener predicadores, agradecidos por tener escritores piadosos, agradecidos por ver hermanos que viajan por la causa de Cristo, pero carecemos de hombres de oración, de hombres de la intimidad, de hombres como Epafras. Nos sentimos dichosos de ver hombres que predicán a Cristo, dichosos de ver que son capaces de manejar la pluma de escribientes muy ligeros en favor de la noble causa, dichosos de verlos ponerse en camino –con verdadero espíritu evangélico– hacia «lugares que están más allá de nosotros» (2 Cor. 10:16), dichosos de verlos, con verdadero espíritu pastoral, yendo repetidas veces a visitar a sus hermanos de distintos lugares.

A Dios no le place que despreciemos tan honorables servicios o que hablemos desfavorablemente de ellos; al contrario, no sabríamos expresar con palabras la alta estima que tenemos por tales hombres. Pero, así y todo, tenemos necesidad de un espíritu de oración, de oración ferviente, perseverante, de oración combativa, sin la cual nada puede prosperar. Un hombre sin oraciones es un hombre sin savia. Un predicador sin oraciones es un predicador inútil. Un autor sin oración no escribirá más que páginas ineficaces. Un evangelista sin oración hará poco bien. Un pastor sin oración tendrá poco alimento para distribuir entre el rebaño. Tenemos necesidad de hombres de oración, de hombres como Epafras, de quienes las paredes de sus dormitorios sean testigos de sus trabajos, de sus combates. Indiscutiblemente, tales son los hombres que el momento actual demanda sobre todas las cosas.

Hay inmensas ventajas relacionadas con esos trabajos llevados a cabo en la intimidad, ventajas muy particulares; ventajas para quienes se dedican a esos trabajos y ventajas para quienes son objeto de ellos. Son trabajos tranquilos y modestos, cum-

plidos en el retiro, en la santa y santificadora soledad de la presencia divina, fuera de la vista de los hombres. Quizá los colosenses nunca habrían conocido los trabajos de amor de Epafras con respecto a ellos si el Espíritu Santo no hubiera hecho mención de los mismos. Es posible que a algunos les haya parecido que él tenía poca solicitud y celo para con ellos; es probable que haya habido entonces, como las hay hoy en día, personas que miden el interés y la simpatía de un hermano por sus visitas o sus cartas. Esa sería una falsa medida. Habría sido preciso verlo de rodillas para conocer el grado de su simpatía e interés por el bien de sus hermanos. Puede que el **amor por los viajes** nos haga ir a visitar a los hermanos; puede que la **manía de escribir** nos impulse a dirigir cartas a uno y otro lado, mientras que solo un **verdadero amor por las almas y por Cristo** podrá conducirnos a combatir, como lo hacía Epafras, en favor de los hijos de Dios, para que estuvieran “firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere”.

Además, los preciosos trabajos de la intimidad no demandan un don especial, ni talentos particulares, ni facultades intelectuales eminentes. Todo cristiano puede dedicarse a ellos. Un hijo de Dios puede no tener capacidad para predicar, para enseñar, escribir o viajar, pero **todo** cristiano puede orar. A veces se oye hablar de un **don** de oración: una expresión que no nos satisface en absoluto; al contrario, nos choca. Se la aplica a menudo a una pura y fácil redundancia de ciertas verdades, muy conocidas, que la memoria retiene y los labios repiten, lo que, después de todo, es algo de muy poco valor. No ocurría así con Epafras, ni es lo que nos falta ni lo que deseamos sobre todo ahora. Lo que nos falta es un verdadero **espíritu** de oración, que se preocupe por todas las necesidades actuales de la Iglesia y que sepa presentar esas necesidades a través de intercesiones perseverantes, fervientes y plenas de fe ante el trono de la gracia.

Este espíritu puede ejercitarse en todo tiempo y circunstancia. Por la mañana, al mediodía, por la tarde o la noche, toda hora es buena para aquel que trabaja así en la intimidad de su habitación; en todo tiempo el corazón puede elevarse al trono de Dios; el oído de nuestro Padre está siempre abierto; su morada siempre es accesible. Acerquémonos en cualquier momento, o por cualquier motivo: él está siempre dispuesto a escuchar y listo para responder. Él es Aquel que oye, Aquel que da, Aquel que ama la oración hecha con importunidad, con insistencia. No hay palabras que Él prefiera a estas: «No te dejaré, si no me bendices» (Gén. 32:26). Él mismo dijo: «Pedid... buscad... llamad» (Mat. 7:7); es necesario «orar **siempre**, y no desmayar» (Lucas 18:1); «todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mat. 21:22); «y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios» (Sant. 1:5). Estas

palabras son de aplicación general, pues van dirigidas a todos los hijos de Dios y el más débil de ellos puede velar, orar, recibir una respuesta y dar gracias.

Más aún, nada es más adecuado para despertar en nosotros un vivo interés por el bienestar de los demás que el hábito de orar constantemente por ellos. Epafras tenía un profundo interés por los cristianos de Colosas, de Laodicea y de Hierápolis. Su interés por ellos le inducía a orar y sus oraciones le inducían a interesarse por ellos. Cuanto más nos intereseamos por alguien, más oraremos por él y, cuanto más oremos, más vivo y sincero será nuestro interés. Si somos impulsados a orar por los hermanos, podemos regocijarnos anticipadamente de sus progresos en la fe y de su prosperidad espiritual. Asimismo, en cuanto a los inconversos, cuando somos conducidos a presentarnos ante Dios en favor de ellos, podemos esperar su conversión con profundos y ansiosos deseos, y luego, cuando ella tenga lugar, recibirla con sincero reconocimiento. Eso debería incitarnos a imitar a Epafras, a quien el Espíritu Santo acuerda el honorable nombre de «siervo de Cristo» a causa de sus fervientes oraciones por el pueblo de Dios (Col. 4:12).

Finalmente, el motivo más elevado que pueda ser presentado para cultivar el espíritu de Epafras es el hecho de que él está completamente en armonía con el espíritu de Cristo, quien siempre vela por su pueblo y desea que todos sus rescatados estén «firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere», de manera que aquellos que son llevados a orar con tal fin tienen el privilegio de estar en santa comunión con el gran Intercesor. ¿No es maravilloso que a pobres y débiles criaturas les sea permitido aquí abajo pedir a Dios precisamente lo que ocupa los pensamientos y las simpatías del Señor de gloria? ¡Qué lazo poderoso había entre el corazón de Epafras y el de Cristo cuando el primero trabajaba y combatía por sus hermanos de Colosas!

Hermanos: meditemos acerca del ejemplo que nos ha dejado Epafras, e imitémosle. Fijemos nuestra atención en una ciudad cualquiera, como Colosas, y combatamos con ardor, por medio de nuestras oraciones, a favor de los cristianos que se encuentren en ella. El momento actual es muy solemne, pues todo parece acercarse a una crisis: los caracteres se definen, los hombres toman partido, y así debe ser. Nosotros no somos dejados en la incertidumbre respecto de aquellos que desean servir al Señor y de aquellos que no lo desean. Pueda el Señor tener acceso en el corazón de algunos y preparar a los suyos para sufrir y hacer su santa voluntad. Ello debe hacernos sentir profundamente nuestra urgente necesidad de hombres que se asemejen a Epafras, que estén dispuestos a trabajar, de rodillas, por la causa de Cristo, o a llevar con gozo, si fuera preciso, las nobles «prisiones por el evangelio» (Flm. 13). Así fue Epafras. Tres veces se habla de él en las epístolas de Pablo. La primera (Col.

1:7) como de un amado consiervo del apóstol, de un «fiel siervo de Cristo» (V.M.) a favor de los colosenses, quien había llegado a Roma para dar a conocer al prisionero Pablo el amor de ellos en el Espíritu. La segunda vez, como ya lo vimos, esencialmente como de un hombre de oración (Col. 4:12). La última vez, como «compañero de prisiones» del apóstol consagrado a los gentiles (Flm. 23).

Quiera el Señor despertar en medio de nosotros un espíritu de ardientes oraciones y de intercesión. Es de desear que pueda él suscitar muchos cristianos formados en el mismo molde de Epafras. Son los hombres que hacen falta para los tiempos de crisis.